

ó permanecer en sus casas sin ser molestados.

Ya estaban embarcados, cuando llegó una protesta de Carolina, que decía que prefería morir á entrar en pactos con sus vasallos; envió á Emma Leona para que valiéndose de sus gracias de burdel, excitase la crueldad de Nelson, hecho lo cual, rompió la capitulación porque se había ajustado sin que tomara parte en ella él que era el almirante, y mandó encadenar á ochenta y cuatro ciudadanos que le fueron entregados por el Frances Mejean, comandante de los fuertes. ¡Así trataban á la Italia los extranjeros que la habían conmovido con promesas de libertad! Ruffo (sea dicho en desagravio de este prelado sin costumbres y sin fe, y sea dicho también en oprobio de Nelson) jamás quiso consentir en la violación del tratado hecho con los rebeldes. En vano lo suplicó lady Emma; en vano el almirante inglés declaró que semejante capitulación era una infamia: Ruffo se mantuvo en su puesto y se negó á firmar, declarando que si se rompía el pacto, no debía esperarse en adelante ningún socorro de su parte (1). El ejemplo infame excitó la crueldad de los mal reprimidos sanfedistas; se robaba, se degollaba, el puñal de los asesinos alternaba con el hacha del verdugo, y en el infamado buque almirante de la escuadra inglesa, se vió condenado á muerte el viejo almirante Carracciolo. Llegó de Sicilia el rey (2), pero fué para establecer tribunales, abolir los privilegios de la ciudad, del reino y de los nobles como en país conquistado, y declarar actos de rebelión todos los actos ejecutados durante su fuga. Entonces se proscribió en masa; solamente en la capital fueron reducidas á prisión treinta mil personas por haber hablado, escrito ó peleado; el que aguardaba ocasión de vengarse pudo entonces satisfacer plenamente su venganza; la plebe asaba y se comía á los patriotas. Los tribunales por medio de los espías y del tormento, y contentándose para sentenciar con solo la sospecha, condenaron á muerte al general Massa, á la poetisa Leonor Pimentel, á Masthoné, á Mario Pagano, Domingo Cirilo y Vicenti Russo; seis nombres á quienes el martirio inmortalizó con el de su inquisidor Vicente Speciale. Después, cuando la suerte mostrábase de nuevo favorable á la bandera francesa, inclinaba los ánimos á ideas más moderadas, Fernando publicó el indulto con muchísimas reservas, en virtud del cual salieron de las prisiones siete mil individuos, quedando todavía mil y contándose fugados tres mil, desterrados

(1) Artículo de la *Revista Británica* sobre las *Cartas y Despachos* de Nelson, 1846. El presidente de la comisión militar dió cuenta de la ejecución en estos términos: « S. Exe. el almirante lord Nelson tiene la noticia de que la sentencia de Francisco Carracciolo fué ejecutada conforme él había dispuesto. Sin embargo, escritos posteriores restablecieron la memoria de Ruffo.

(2) Los barones sicilianos que estaban obligados á dar hombres para el servicio militar, pero solo en el reino, ofrecieron á Fernando reclutar á su costa nueve mil hombres y cumplieron la oferta.

cuatro mil, y muertos solamente en la capital ciento diez (1).

El cardenal Ruffo fué soberbiamente premiado por el rey, y condecorado por Pablo de Rusia, y á los demás jefes, no obstante sus crímenes y su profesión de bandidos, se les dieron títulos y riquezas. Nelson y su mancha recibieron honores sin fin, y el vencedor de Abukir quedó infamado con el título de duque de Bronte. Reorganizóse en seguida el ejército, agregando á él á los más desalmados, y Fernando, sin desembarcar, dió gracias á Dios por sus victorias y se volvió á Palermo á ostentar su triunfo. Entonces aquellas bandas de antropófagos se dirigieron sobre Roma para restaurar la fe, guiadas por Rodío, fray Diablo y otros de este jaez. Garnier, que mandaba la escasa guarnición de la ciudad, los rechazó; pero los Alemanes, los Rusos y los Ingleses pusieron cerco á la población, y entonces los Franceses la evacuaron en virtud de capitulación y bajo promesa segura de que se daría una amnistía. Los Napolitanos entraron en Roma, poco después de la muerte de Pio VI, que falleció en su cautiverio de Valenza. No pasó mucho tiempo sin que llegasen órdenes de Nápoles al comandante general príncipe de Aragon, para que limpiase á Roma de los últimos restos de la infame República, y á consecuencia de ellas, fueron expulsados, desterrados, ó presos muchos patriotas, creándose á imitación de la junta de Nápoles un tribunal que no envió á nadie al suplicio, pero que abandonó á muchos al insulto y al puñal asesino. También se organizó el gobierno como dependiente del napolitano, confiscándose bienes é imponiéndose contribuciones hasta sobre las fincas del clero.

La Revolución en Italia había sido deseada ó aceptada de buen grado solamente por los ricos, los mercaderes, los doctos y los hombres de ingenio; los cuales sucesivamente fueron disgustándose al verla tan diversa de lo que esperaban. El pueblo poca parte tomó en ella, como lo probó entonces con la feroz reacción que se extendió por toda la península, donde al levantarse en masa los realistas, respondieron con tragedias á las comedias jacobinas. Rusos, Turcos, Austríacos, Croatas y Cosacos se unían para restaurar al papa y á la santa fe, y todo estaba demostrando que más bien que revoluciones, idea y expresión de una época, habían estallado en Italia sediciones, efecto de la indignación de unos pocos. También de Florencia salieron los Franceses sin dejar adoptada ninguna medida para proveer á la seguridad pública, de manera que el populacho se desató en insultos y cometió depredaciones y hasta ase-

(1) Uno de los que estaban en las prisiones borbónicas era el famoso naturalista Dolomieu, que procedente de la expedición de Egipto fué lanzado á las costas napolitanas en 1799, y habiéndole quitado la cartera, lo sumieron en un calabozo sin dejarle libros ni plumas, en el cual sirviéndose como tinta del humo de la lámpara, escribió la filosofía mineralógica en las márgenes de un libro que pudo salvar de la vigilancia de los esbirros. Fué pue: en libertad el 15 de marzo de 1801.

1800.
30 de
mayo.

1799.
30 de
septiembre.

sinatos. Victor Alfieri, en medio de la chusma, aplaudía y atizaba sus furorés; toda la Toscana se puso de nuevo bajo la obediencia de Fernando, y Fernando que al presentarse por primera vez los Franceses había recomendado como muestra de lealtad el recibirlos con benevolencia, nombró una comisión para premiar á los que habían dado « el grande ejemplo de sublevarse contra ellos, y empleado su valor y su prudencia en producir, fomentar y animar la insurrección contra los enemigos (1). »

No quedaban á los republicanos más que Génova y Ancona. Esta fué atacada por la escuadra turca y rusa y sitiada por tierra por las tropas de Austria y de la Romanía á las órdenes de Lahoz, que de los Franceses se había pasado á los Austríacos, ó como él decía, á Italia, y que pereció en aquel cerco: Monnier la defendió intrépidamente, y después capituló con honor. Génova, custodiada con gran celo por ser el paso para Francia, fué ocupada por los Franceses á pesar de la oposición de las autoridades nacionales y puesta en estado de defensa. En Francia se refugiaron los infinitos emigrados de Italia que salieron con honrosa pobreza de destinos en que otros se habían enriquecido; pero aunque fueron acogidos benignamente por los particulares, no encontraron más que frialdad en un gobierno débil que ya no los necesitaba. Por tanto, revivió entre ellos la idea de regenerar por sí solos la patria, y en aquella mezcla de padecimientos se robusteció el sentimiento de la unidad italiana.

También en los demás puntos se oscurecía la estrella de los Franceses: los Ingleses y los Rusos marcharon sobre Holanda y lograron desembarcar en el Helder, á pesar de la oposición de Bruñe y Dændels, apoderándose de la escuadra holandesa que les fué entregada, y que era una adquisición inapreciable para Inglaterra. La Francia, temerosa de una invasión, acusaba á su gobierno como de costumbre. Réveillère y Merlin, únicos individuos que habían quedado del primitivo Directorio, tuvieron que hacer dimisión; dictáronse providencias para revocarlas luego, y la desgracia hacía á los hombres más exigentes, no faltando quien pidiera que se acudiese al terror como único recurso de salvación. Volvieron á presentarse en campaña los chuanes; los conscriptos huían; echábase mano de todos los medios para obtener dinero; leyes suntuarias redujeron á aquellos nuevos Atenieses á una pobreza espartana, y como los empréstitos forzosos en proporción de la riqueza suscitaban grandes quejas, fué necesario por último apelar á aquel mismo sistema rigoroso y represivo que se detestaba. Vióse el Directorio reducido á destruir los consejos, y entonces no quedó más que la fuerza militar. Los clubs de soldados y los mensajes de los ejércitos pretendían dar la ley; atacábase audazmente al gobierno, y el gobierno no osando

(1) *Motu proprio* del 10 de febrero de 1800.

defenderse con el terror, recurría para ello á las intrigas y á la policía. Luciano fomentaba el descontento para hacer necesario á Napoleón; y Sieyes, que había desaprobado siempre aquella constitución, disolvió las sociedades jacobínicas que habían vuelto á reunirse, diciendo: « No necesitamos ya habladurías, sino una cabeza » y una espada. »

Todas las miradas se dirigían, pues, á Buonaparte, cuya gloria resaltaba entre aquellas desventuras, y á quien se consideraba como sacrificado en Egipto por la malevolencia. La larga distancia daba aumento á sus méritos y grandeza á sus proyectos, y se creía ver en el vencedor de Oriente al único caudillo capaz de oponer resistencia á las hordas de Suwarof.

Pero en realidad no se le conservaba tan fiel la fortuna. Desaix continuaba la conquista del Alto Egipto, siendo llamado por los musulmanes el sultan justo, y en su correspondencia decía: « No era aquella una guerra, sino una caza » difícil, debiendo con la infantería sola derrotar á una caballería intrépida que combatía sin sujeción á reglas. Esta caballería podía ser sorprendida, pero no era posible obligarla á combatir cuando se quisiera, reforzada como se veía á cada instante por sus muchos partidarios y por alguna otra tribu árabe, halagada por la esperanza del botín, y por la facilidad de escaparse del peligro, criada en inmensos desiertos donde encontraba pastos y fuentes al abrigo del enemigo. Los triunfos decisivos eran imposibles; solo con marchas continuas, y organizando compañías de dromedarios, llegamos á destruir á un enemigo que mostró tan maravillosa constancia. Con frecuencia sorprendido, derrotado, expulsado del territorio egipcio, el hambre lo traía á treinta ó cuarenta leguas más abajo del punto donde había estado situado; jamás lo perseguimos por ménos espacio que el de cincuenta leguas, y esto lo hicimos muchas veces. Sorprendimos frecuentemente á Murad-Bey de noche, apoderándonos de sus armas, caballos y bagajes, y siempre se reorganizó después de haberse perdido en la inmensidad del desierto. La relación de nuestra campaña sería la descripción de nuestros padecimientos y excesiva paciencia, no de nuestras combinaciones (1). »

Buonaparte entretanto debía rechazar en Siria á Ibrahim-Bey. La Puerta, habiendo declarado la guerra á Francia, preparaba tropas en Ródas y otras en Siria, que debían ponerse en movimiento á un tiempo mismo sobre Egipto. Buonaparte queriendo adelantarse á ellas, formó un cuerpo de dromedarios, tomó á Gaza y Jafa y acometió á San Juan de Acre, llave de la Siria, confiando en los Drusos del Líbano; pero halló en esta plaza una resistencia obstinada, al mismo tiempo que los Ingleses le interceptaban la artillería destinada á sitiarla. En el Monte Thabor

(1) DESAIX, carta á Dumas, inserta en el *Précis des événements militaires*, t. IV.

1798.
Octubre.

1799. derrotó al ejército turco; pero consumió en vano dos meses de tiempo y multitud de preciosas vidas delante de San Juan de Acre, continuamente provista de municiones de toda clase por Sidney Smith, comandante de las fuerzas inglesas, hasta que la peste que se declaró entre sus tropas, lo obligó á levantar el sitio. En Jafa trató de dar opio á los apestados, prefiriendo matarlos á dejarlos caer en manos del enemigo; pero el médico Desgenettes le dijo: *Mi deber es curar, no matar.* Á su vuelta á Egipto, halló el Delta sublevado, y celebró en el Cáiro sus triunfos de Siria; pero entretanto los Turcos desembarcaron en Abukir diez y ocho mil hombres de caballería y genizaros; y aunque Buonaparte los derrotó, el ejército comenzó á murmurar en alta voz de que se le obligase á sufrir tantas fatigas y privaciones, y á pasarse como hacía seis meses sin noticias de su patria, cuidadosamente interceptadas por los enemigos que surcaban el Mediterráneo.

29 de agosto.

Tales desastres disgustaron á Buonaparte de aquella campaña, y habiendo llegado á entender lo que pasaba en Francia y los deseos y planes de sus amigos, resolvió volver á toda costa al suelo francés, y con dos solas fragatas, acompañado de Berthier, Lannes, Murat, Andreossi, Marmont, Berthollet y Monge, zarpó con gran secreto de las playas de Egipto, desertando del ejército que le había sido confiado por correr tras de la fortuna.

En breve anunció el telégrafo á los habitantes de París que Buonaparte había llegado inopinadamente á Fréjus (9 de octubre de 1799). El entusiasmo, la curiosidad, lo inesperado del suceso, hicieron de él un dios. Sin guardar cuarentena corrió á París, donde lo esperaba un consejo de guerra ó un trono, pues el Directorio habría podido castigarlo como desertor ó como infractor de las prescripciones sanitarias. Pero todos lo saludaron como salvador; en los teatros se anunció su vuelta; las campanas, los fuegos artificiales y las salvas de artillería lo festejaron, y él, ofreciendo al Directorio su espada, juró no sacarla jamás sino en defensa de la República. La necesidad de orden, de fuerza, de unidad, de adherirse á cualquier cosa, de creer en una persona, ya que las ideas no inspiraban confianza, era á la sazón general en Francia. Así fué que todos acudieron á los pies de Buonaparte; los desgraciados buscándolo por apoyo, los destituidos de sus empleos por vengador, y los débiles que siempre admiran los actos de fuerza, aplaudían en él al hombre resuelto, cuyas hazañas referidas parecían uno de los cuentos de las Mil y una noches. Los Brutos esperaban por su medio recobrar el poder salvo el matar despues al César; los moderados querían que la reforma fuese hecha por un hombre de energía capaz de dar seguridad; los intrigantes confiaban en hallar ganancia en un nuevo trastorno, y hasta los realistas soñaban con que Buonaparte restableciera el trono de sus antiguos reyes.

Él, sin embargo, consebaba entre aquella variedad de intereses y entre la oscilacion de los partidos un egoísmo decidido y profundo, ayudado de la fortuna y del arte que poseía para conocer y aprovechar la ocasion. Ofrecieronle sus servicios Talleyrand, siempre el primero en volver la espalda al sol poniente, y el sagaz Fouché, es decir, la diplomacia y la policia. A excepcion de Bernadotte, ministro de la guerra salvacion para la libertad sino en el jacobinismo, todos los generales como Beauharnais, Berthier, Duroc, Marmont, Lannes, Murat, Bourienné, futuros mariscales y reyes, y hasta Augereau, el ardiente republicano, se unieron á Buonaparte, su antiguo jefe ó colega: Massena y Brune estaban al frente de los ejércitos. Los oficiales retirados y los antiguos soldados quisieron tambien coadyuvar al triunfo del órden militar sobre el civil. El genio arrastra tras sí á las medianías.

Poco se habia experimentado aun la prudencia de Buonaparte en el arte de gobernar, pero se sabia que era afortunado y esto bastaba. Necesitábase un hombre que diese unidad ó impulso á tanta variedad de movimientos, y se le creyó á propósito para el caso. Todo se esperaba de él, todos buscaban su dictamen, y él viéndose necesario, sabia esperar y meditaba entretanto los medios de construir la República tan solidamente que nada tuviese que temer del choque de las facciones. Por entonces su ambicion se limitaba á un puesto en el Directorio, excluyendo á Sieyes á quien odiaba por ser el único que con él podia igualarse. Pero Talleyrand supo acercarse entre sí estas dos orgullosas voluntades, el resto sistemático de los metafísicos del siglo saliente y el ambicioso que se sentia nacido para dictar leyes al siglo entrante. Concretáronse pues, y fingieron una conspiracion jacobínica que diese pretexto para trasladar á Saint-Cloud el cuerpo legislativo y nombrar á Buonaparte comandante de las tropas. Así se hizo: Buonaparte, llamado á prestar juramento, se presentó rodeado de toda la oficialidad, mientras por la calle iban desfilando sus batallones; y entrando en el salon con esta comitiva, elogió á los representantes diciendo: « Queremos la República; la queremos fundada en la verdadera libertad, en el régimen representativo, y la tendremos; lo juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas. »

Así esquivó el juramento á la constitucion vigente. Despues á la salida arengó á los soldados, y entre los gritos de Viva Buonaparte ocupó los puestos militares y comenzó la revolucion. « ¿Qué habéis hecho, gritaba, de esa Francia que yo dejé tan esplendorosa? Dejé en ella la paz y encuentro la guerra; dejé victorias y encuentro derrotas; dejé los millones de Italia, y encuentro leyes usurpadoras y mi sería. Los cien mil Franceses, mis camaradas, compañeros de mi gloria, ¿dónde está? »

9 de noviembre.

« Todos han muerto. » Expresándose en este tono obligó ó indujo á los directores á renunciar sus cargos y se quedó él solo con la fuerza. Mas los consejos, advirtiendo la dictadura que los amenazaba, se reunieron en Saint-Cloud, y juraron la constitucion del año III (1), á pesar de hallarse rodeados de tropas. Buonaparte conoció entonces la necesidad de acabar de una vez lo que habia comenzado, y entrando en el consejo de los ancianos protestó contra los nombres de Cromwell y de César que se le daban. « Mi celo » y el vuestro, dijo, no han tenido mas móvil » que el deseo de poner remedio á los males de » la patria: evitemos tantos desastres; salvemos lo que tantos sacrificios nos ha costado, la » libertad y la igualdad. En cuanto á la constitucion, todos los patriotas quieren destruirla. » Pensad vosotros en salvar la Francia, y yo, » rodeado de mis hermanos de armas, sabré » secundaros; pero si algun orador vendido al » extranjero hablase de ponerme fuera de la » ley, apelaré á mis compañeros. Reflexionad » que camino acompañado del dios de la fortuna, del dios de la guerra. »

Presentóse despues en el consejo de los quinientos, pero todos se pusieron en pié gritando: *Abajo el dictador, abajo el tirano*, y rodeándolo le echaban en cara su traicion, le dirigian preguntas, y á duras penas pudo su hermano Luciano, que era presidente, contener á la asamblea que queria ponerlo fuera de la ley. Buonaparte comenzaba ya á desfallecer bajo el peso de tantas emociones, pero Luciano sostuvo su valor; empuñó la espada y declaró que la hundiria en el pecho de su hermano si fuese traidor á la libertad. Entonces los granaderos entraron en busca de su general y lo sacaron del salon: un momento de vacilacion habria bastado para que Buonaparte corriese la suerte de Robespierre; pero él diciendo á los granaderos que se habia tratado de asesinarlo, los mandó penetrar en la asamblea y dispersarla á la bayoneta, con lo cual quedó hecho dueño del poder. Bernadotte y Moreau, cogidos de sorpresa y sin tener formado plan de antemano, no se atrevieron á ponerse á la cabeza de una oposicion militar, y así concluyó la anarquía en Francia, como cuatro años ántes habia cesado la crueldad, pidiéndose por todos que á la violencia de esta y á la debilidad de aquella sucediera un gobierno robusto y ordenado cuanto fuese necesario para defender la libertad y propagarla.

CAPÍTULO VIII

Consulado. — Paz de Luneville.

Buonaparte, primer cónsul. El pueblo francés supo por los periódicos (noviembre de 1799) que el Directorio habia dejado de existir; que se habia prorrogado por

(1) Quedaba al consejo de los ancianos el derecho de trasladar el cuerpo legislativo fuera de París, si llegara el caso de que se viera amenazada su independencia.

cuatro meses y medio el cuerpo legislativo, habiendo sido nombrados cónsules Sieyes, Roger-Ducos y Buonaparte con poder dictatorial y el encargo de fijar las bases de una nueva constitucion, de restablecer la tranquilidad en el interior y de procurar una paz honrosa y sólida en el exterior; y por último, que á los susodichos cónsules se habian agregado dos comisiones para hacer las veces del cuerpo legislativo, las cuales ademas de arreglar de acuerdo con ellos los asuntos urgentes de policia, legislacion y hacienda, prepararian leyes reformadoras y un código civil. Despues de pintada la situacion deplorable del país y los males que lo aquejaban, decian los cónsules: « Ya es tiempo de » calmar tanta agitacion, de afianzar la libertad » de los ciudadanos, la soberanía del pueblo, la » independencia de los poderes constitucionales, » la República, cuyo nombre ha servido para » consagrar la violacion de todos los principios... La Monarquía no volverá á levantar la » cabeza; se borrarán los horribles vestigios » del gobierno revolucionario; comienza una » nueva era, en la cual República y libertad » dejarán de ser nombres vanos. »

Hízose tranquilamente un cambio tan importante; pero destruir era cosa fácil y ya muchas veces puesta en práctica; lo difícil era reconstruir. Entretanto, aunque para todos fué evidente la ilegalidad del hecho, ninguno se atrevió á oponer resistencia, porque á unos abrumaba el cansancio y á otros halagaba la esperanza; y así el aplauso universal encubrió la irregularidad de las medidas adoptadas. Barras confiaba en la gratitud de Buonaparte; ¡qué candidez! Sieyes se habia imaginado que su colega atenderia á las cosas de la guerra y le dejaria los negocios civiles; pero en la primera entrevista advirtió que sobre todo cuanto se trataba tenía Buonaparte conocimientos ó ideas ó se las formaba facilísimamente, exponiendo desde luego su parecer como cosa resuelta, y esta experiencia hizo decir: « Tenemos un amo que sabe, » que puede y que quiere hacerlo todo. »

Pusieronse entonces en claro los desórdenes y el descuido de la administracion precedente. El ejército estaba sin paga, desnudo y hambriento, el Erario vacío, el papel del Estado desacreditado enteramente, el crédito aniquilado, el agiotaje en su apogeo. El héroe que habia dado la gloria á su país, restableció en él la confianza; Gaudin, llamado al ministerio de hacienda, suprimió las contribuciones arbitrarias y estableció la regularidad de los pagos, y tamen se derogaron las leyes del terror como la de rehenes, por la cual estaban presos los parientes de los Vendeanos en garantía contra los excesos de estos, y la ley contra los clérigos. Restituyéronse á muchos emigrados sus bienes dándoles permiso para regresar á Francia, en cuya virtud volvieron La Fayette, Lally-Tolendal, Carnot y Portalis; restablecieron los domingos y dias festivos; se abrieron de nuevo las iglesias de los campos y se permitió el culto inte-